

lo, fueron implacablemente identificados, provocando el comentario vulgar:

—Son recién casados...

* * *

Al salir del teatro, con su aplomo de costumbre, él sentenció brevemente:

—Iremos en el «Metro».

Ella asintió, sumisa, afianzándose en su brazo. Aquel brazo varonil, que ella adivinaba siempre tenso para la lucha, férreo conglomerado de músculos y nervios; parapeto, protección, defensa.

Ante ellos abría su enorme boca el túnel subterráneo, con su aliento pegajoso de enfermo. Entraron.

* * *

Nadie supo cómo fué; pero de repente, coincidiendo con la aparición de la lengüecilla de fuego en un ángulo del coche, ella asistió, horrorizada, a la tremenda metamorfosis.

Recónditos instintos vitales, un afán tremebundo de supervivencia ante el peligro, confuso todavía, transformaba a la multitud civilizada y humana en manada. Impensadamente, las caras aparecían recortadas con dureza, llenas de aristas. Se agudizaban los rasgos todos; tomaban las narices una agresiva prominencia de espolones; avanzaban las fuertes mandíbulas, crispadas, y las dentaduras clareaban con matices ofensivos en la penumbra. Las manos abiertas se hacían garras, y los puños, cascos, bajo la mentira del reloj pulsera y de la sortija...

Isabel, pese a su terror, pudo percibir claramente el espanto supremo del cambio. Y se encontró súbitamente rodeada de bestias, de animales enloquecidos por la proximidad de una muerte que rechazaban. A la opaca luz de las llamas se despegaba grotescamente la indumentaria de la selvática multitud presta a la lucha. Las mismas caras se identificaban con diversas bestias, con las que siempre tuvieran una remota semejanza que ahora se patentizaba triunfal. Lobos con cuello planchado e impecable corbata, osos con gabardinas, hienas de hocicos pavorosos bajo el sombrero de fieltro, tigres, raposas, caballos, toros, perros... Infernal muchedumbre de infrahombres, todavía sin actuar, que esperaba, con el presentimiento atroz de perder el último dominio.

Las llamas avanzaron hacia la puerta delantera del coche. Se oyó distintamente un estallido, y como en un respiro gigantesco aquella se abrió y el convoy entero se detuvo. Pasaba el peligro, cuando de improviso se apagaron las luces. Y entonces, el baño tenue de civilización, deleznable porcelana que ya no podía engañar a nadie, saltó en mil pedazos. Empezaba la lucha brutal por la vida. Isabel apretó con angustia un brazo de su marido, en instintiva demanda de amparo. A la fuerte presión, se volvió y quedaron frente a frente. Y la mujer le observó con terror. No era «él».

Era un desconocido, un animal más en el llameante jaulón de fieras, hostigado, enfurecido y abyecto por

el pánico, como los otros. ¡Señor! ¿Eran sus ojos, aquellos ojos inyectados que la miraban con odio?...

—¡Suéltame!—barbotó—. ¡Suéltame ya!

La empujó contra un cristal, que se partió con estrépito. Huía...

Se abría paso utilizando sus fuerzas superiores a través de la turba. Ella lo vio desaparecer al fin, absorbido en el hediondo oleaje. Después, rotos todos sus resortes, se dejó caer como un guñapo, con pasividades de muerte. Medio inconsciente, aun sintió el insufrible dolor de pisotones y de golpes. Sus labios resecos se abrieron:

—Padre nuestro...

Pero una mano enérgica se apoderaba de ella y, como en una resurrección, notó que la levantaban. La pusieron en pie. Luego un brazo—¡otro brazo!—la sujetaba por la cintura y en una marcha descabellada, en medio de la muchedumbre, su salvador la llevaba a un refugio. Era una especie de hornacina en medio del túnel, providencialmente hallada en el trance. Ya en seguro, el hombre filósofo:

—La gente es muy cafre...

Acurrucada junto a él Isabel sintió en las tinieblas, muy cerca, rozándola, la marcha apocalíptica de la turba. Un acre vaho de muchos cuerpos sucios se abatió sobre ella. Sonaban voces apagadas, metálicos aullidos, peticiones de piedad, injurias. Pero ya el turbión pasaba. Se hizo la luz, con su eterna limpidez de milagro. En la galería sólo quedaba la resaca del pánico. Algún cuerpo que otro—desmayado, herido—y una grotesca profusión de prendas de vestir abandonadas en aquel mar de cemento. Salieron.

El la sostenía, ya sin la tenaz firmeza de antes. Jadeaban. Junto a la estrecha escalera, cercanos ya al exterior, se detuvieron. Luego, apoyados en las paredes fronteras, cruzaron sus miradas. Y ella pudo ver a su salvador a ojos llenos. Era un hombre joven, insignificante. Un empleadillo, sin duda vestido con pobres ropas de almacén. Una emoción incontenible la hizo avanzar hacia él y cogerle ambas manos con fuerza:

—¡Gracias, gracias!

Se desasía suavemente:

—No tiene importancia, señora.

Sonreía. Ella, como en un homenaje, le imitó.

—La gente es muy cafre—volvió a filosofar él, afianzándose las gafas, milagrosamente intactas, sobre el caballete de la nariz. Subieron.

* * *

Hendiendo de nuevo la multitud, se acercaba el marido, desmelenado, gesticulante, ansioso, ¡ridículo!

—¿Te han hecho daño, nenita?

No le contestó. En realidad aún no había reaccionado totalmente. El horror de una convivencia para toda la vida con «aquello» todavía no la torturaba. No había tenido tiempo de pensar.

—Este señor...—articuló premiosamente.

—Gracias, caballero, gracias... Mi esposa... Yo... Ya sabe...

Pero el otro levantaba una mano, como restando importancia al asunto. Se quitó el fieltro ruin, replanchado y raído, musitando un apellido vulgar. Marchaba.

Y un impulso indefinible, femenino y hondo, de gratitud y admiración a la vez, hizo a Isabel seguirlo largamente con la mirada. Con las manos en los bolsillos, encorvado, bajo la tenue lluvia, pronto no fué más que una mancha oscura en la noche.

ISABEL AUN PUDO VER LUCES Y SILUETAS
DETRAS DE LOS AMPLIOS CRISTALES...



TEODORO
DEGADO

TEODORO
DEGADO